

ta-
se
rco
La
ho
e la
lar

ife
de
do

tos
del
re-
su-
el
for
rea-
nte
por
sija
asa
er-
cie;
an-
ob-
ola,
an-
de

an-
ero
ede
cie

ese
en-
ase
do
tor-
a su
de
alga
uce
tan

dad,
que
de
ente
una
úl-
nce-
roa
con-
erte
que
esde
de
ar la
que
por-

esta
rgu-
cada
yo la
que
re el
al se
novi-
jeto

po-
a de
ua y
side-
te se

)

a.

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 18 DE JUNIO DE 1888→

NÚM. 338

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BARCELONA ARTÍSTICA



MONUMENTO Á DON JUAN GUELL Y FERRER, proyecto de D. J. Martorell. - Estatua del escultor Sr. Nobas

(Emplazado en el cruce de la calle de las Cortes con la Rambla de Cataluña)

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados. — Exposición universal de Barcelona*, por don J. Yxart. — *La tela de Penélope* por don Pedro de Madrazo. — *La zarzuela nueva*, por Compostela. — *Un cable á través del Pacífico*, del Heraldo de Nueva York. — *Recreaciones científicas. — La ciencia práctica.*

GRABADOS. — *Monumento á D. Juan Güell y Ferrer*, proyecto de D. J. Martorell. — *Estatua del escultor Sr. Nobas. — Mal entretenidos*, cuadro de J. Ferrer. — *Cabalgata en la playa*, cuadro de Juan Verhas. — *A la puerta del mesón*, cuadro de Otón Seig. — *Diablo de muchacho...* cuadro de A. Botta. — *La zarzuela nueva*, (véanse las págs. 206 y 207). — *Perfil del fondo del Océano Pacífico. — Recreaciones científicas. — La ciencia práctica.*

NUESTROS GRABADOS

EL MONUMENTO Á DON JUAN GÜELL

Proyecto del arquitecto Sr. Martorell. — Estatua del escultor señor Nobas

El día 31 de mayo último se inauguró el monumento que los amantes de la industria nacional han elevado á la honrada memoria de don Juan Güell y Ferrer. Proyectólo el distinguido arquitecto don Juan Martorell y Montells y si no acusa una suntuosidad y grandeza notables, que hubieran sido contraproducentes quizás en este caso, es correcto y de buen ver, habiendo sido con justicia encomiado por los inteligentes y por el público.

Hállase emplazado en el sitio más notable del ensanche de Barcelona, el cruce de la Gran-Vía ó calle de las Cortes con la Rambla nueva denominada de Cataluña. Sobre una escalinata de tres gradas alzáse el basamento de configuración cuadrangular, algo ochavado en los ángulos, encima del cual y separadas por elegantes columnas son de ver cuatro matronas sentadas, símbolo respectivamente de la Industria, la Agricultura, el Comercio y las Artes. Remata este segundo cuerpo en cuatro monstruos alados que sustentan el pedestal de la estatua, obra notable del escultor señor Nobas. Incripciones distribuidas en distintos puntos del monumento recuerdan que el señor Güell y Ferrer estuvo dotado de las cuatro virtudes cardinales; negras lápidas contienen la dedicatoria al insigne patrio y la época de la inauguración, y en sitios más altos hay algunas fechas interesantes de la vida de aquél, en caracteres algo pequeños para ser cómodamente leídos.

Revisióse de merecida solemnidad el acto de descubrir la estatua pronunciando discursos el Sr. Alcalde de Barcelona y el Sr. Presidente del Consejo de Ministros que presidió la ceremonia. De este último se aguardaba alguna declaración proteccionista; pero el Sr. Sagasta, que no ha dado grandes pruebas de pertenecer á esta escuela económica, sorteo el compromiso con su reconocida habilidad.

Al pie del monumento se depositaron varias coronas. Ahí están todavía; el sol las ha secado por completo. Mucha es la fuerza del sol; no lo es, empero, bastante para secar igualmente la gratitud del pueblo hacia el ciudadano honrado que consagró á la defensa de la industria nacional, teórica y prácticamente sus capitales, su experiencia y su reposo.

MAL ENTRETENIDOS, cuadro de J. Ferrer

No es la playa escuela de buenas costumbres, ni tampoco de primeras letras, antes bien es centro muchas veces de gente viciosa y casino de mal entretenidos. En tales casos, una manta raída suple el significativo tapete verde y una baraja mugrienta es el medio ó instrumento de relación entre personajes de heterogéneas condiciones unidas transitoriamente por el común deseo de un lucro nada honesto. El autor de este cuadro ha reproducido con verdad una escena vulgar y el ánimo se apena contemplando el sórdido interés con que esos cuatro hombres se entregan á su diversión favorita. ¿Cómo terminará ese empeño?... Casi puede asegurarse que ante un tribunal de justicia.

CABALGATA EN LA PLAYA
cuadro de Juan Verhas

Ninguna persona de buen tono puede prescindir, durante el verano, de vegetar cabe las orillas del Mediterráneo ó del Cantábrico. Las montañas van decayendo. ¡Pueden lucirse tan pocos trajes en las neveras que dominan la Joungfrán y el Monte Blanco!

Ya tenemos á nuestros expedicionarios en Biarritz ó en Trouville... No basta; es preciso ser excursionista. Aquí entra el burro en funciones. Un burro, y aunque sea una burra, adquiere en casos tales una importancia oriental. Porque han de saber Vds. que en Oriente se tiene en mucha estima á los asnos. Verdad es que en Europa empiezan á hacer bastante papel. Vaya sin decir aquello de: — Estos son otros López.

El pintor Verhas ha querido rendir un merecido tributo á esos útiles animales cuya única *borricidad* es su excesiva modestia. Pintar caballos no lo han desdeñado ni Velázquez ni Horacio Vernet. Pero ¡el burro!... Del burro ningún artista había hecho el menor caso hasta el presente. Y esto que, entre muchos individuos de la especie, la burra de Balaam se prestaba para asunto de un buen lienzo y alguna mayor consideración merecía el pacífico animal con que Jesucristo hizo su triunfal entrada en Jerusalén...

Por fin, Verhas ha tratado á los burros con cariño; su cuadro demuestra haberlos estudiado tan filosóficamente como el primer dibujante inglés estudia al vencedor en el Derby. Con ello, ¿ha perdido algo el arte? Todo lo contrario; antes bien ha ganado un cuadro bellísimo en el cual la más prosaica verdad trasciende á grata poesía.

A LA PUERTA DEL MESON, cuadro de Otón Seig

A simple vista se comprende que el autor de este cuadro ha querido imitar las composiciones de Teniers. Sin embargo, cuando tan presuntuosos propósitos tiene un artista, no basta querer sencillamente, es indispensable reunir condiciones que excusen la pretensión. Estas condiciones ha demostrado Seig poseerlas en sumo grado, tan sumo que cualquiera podría suponer debido al típico pincel del célebre maestro holandés el cuadro que publicamos en este número. La vieja danzante, su joven pareja y los bebedores que conversan junto al tonel, no pueden estar más en carácter. Pocas veces un maestro ha tenido tan buenos imitadores como Seig lo ha sido del ilustre artista á quien ha tomado por modelo.

DIABLO DE MUCHACHO... cuadro de A. Botta.

Hay en este mundo personas que son una verdadera Providencia para los fabricantes de objetos frágiles; personas reñidas con la porcelana y el cristal manufacturados; personas que rompen las copas con sólo llevarlas de la mesa á la boca; personas que toman en sus manos un plato ó botella, y la botella y el plato se les caen al suelo

como si éste fuera de imán y de acero aquellas prendas. Es una propiedad triste, una especie de sino fatal, que pesa singularmente sobre los niños y que vale á éstos correcciones eficaces que nada corrigen.

Algunas veces, empero, la torpeza y travesura de un muchacho es pecado que lleva consigo la penitencia; el frasco roto se venga de su destructor introduciendo en las carnes de éste un pequeño casco, causante de agudos dolores. En casos tales el llanto de la criatura denuncia su delito; llegan apresuradas su abuela y su hermana y se practica la primera cura con acompañamiento de caricias y de reprimendas que el herido ahoga con sus gritos desahogados. Tal es la escena representada en este cuadro, escena que habrán presenciado distintas veces nuestros lectores y por ende podrán dar fe de la fidelidad con que ha sido trasladada al lienzo.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

SEGUNDO PASEO

Terminamos el primero al pie del arco ó portada de la Exposición; soberbia mole, á la cual sobran únicamente los remates, y falta sólo buena parte de su decorado, del mejor gusto. Tal cual es, sin embargo, con sus líneas grandiosas y sus magníficos alto-relieves, corresponde á la idea de grandeza que ha de producir desde luego en el ánimo el edificio de entrada á una Exposición universal. A su lado se achican y empuñan las cuatro estatuas en bronce sobre la balaustrada que cierra el paso. Por debajo del arco se agranda y extiende, en hermosa perspectiva la sección primera en que puede dividirse el área de la Exposición, y se prolongan en fugaces tangentes á la vista las líneas paralelas del Salón de San Juan, hasta la verja del Parque, y las bandas de verduras del jardín hasta la estatua eucestre de Prim: diminuta mancha de tinta en el punto en que van á juntarse para los engañados ojos. Este primer panorama es grandioso y bello: tiene la simplicidad de la recta, monótona al cabo, pero grata en corto trecho, el atractivo de los copudos árboles y las masas de verdura que rompen en último término la monotonía, y el hechizo mayor é incomparable que entona todo cuadro al aire libre: la bóveda del cielo, un cielo transparente y luminoso, dando saliente vigor á las masas de edificios, á los jarrones y esculturas con las reverberaciones del sol, ó esfumando los fondos con las tintas desmayadas del crepúsculo. Sólo falta á las tres grandes vías del Salón paralelamente dispuestas, mejor y más propio afirmado, para que recuerden el panorama de una gran capital desplegándose anchurosas precedidas del gigantesco arco, y los altos mástiles de esbelto dibujo. Sin esta condición, con la polvorienta y terrosa faja que se desarrolla á la vista, manchada por las desiguales sombras de los árboles en hilera, la mayor perspectiva de nuestra ciudad se empobrece é impresiona de un modo desagradable: ¡el cielo arriba, satinado y espléndido, el bronce esculpido, la rica decoración á la altura de los ojos, y... el polvo en los pies! No causaría un efecto más raro un caballero de frac, reluciente pantalón... y alpargatas.

Los dos grandes edificios de ambos lados de la vía, en este primer trecho, producen grata impresión por sus dimensiones, sus líneas generales y su decorado, pero con ser, principalmente el Palacio de Bellas Artes, de bella arquitectura, si se toma por bello lo correcto, no sorprenden por su originalidad, no hieren la imaginación con aquel movimiento de líneas, con aquel encanto de lo característico y verdaderamente original y osado, que ansiamos siempre en la arquitectura. Grandioso aquel, detiene los pasos del visitante; elegante en su decoración exterior, le fuerza á acercarse complacido, pero no pasa de aquí. Inferior á muchos otros edificios del mismo estilo, los recuerda á todos; está pidiendo su reproducción en grabado, donde sus detalles y sus proporciones severas agradan al lector casero y curioso, aunque se diga que ha visto en otras partes una y otra vez construcciones análogas. Bien sé que no es posible lucir siempre el don de la originalidad, ni oportuno en muchos casos en que el arquitecto ha de sujetarse forzosamente á condiciones preestablecidas; la arquitectura, además, como todas las artes, tiene sus dechados de belleza que consagró la costumbre, y de los cuales sólo le es dado prescindir al verdadero genio. ¡Es, sin embargo, tan seductor aspirar á lo nuevo! ¡sería tan gran placer para nosotros hallar en los monumentos de la ciudad un sello característico y propio, como en todas las manifestaciones de nuestra vida, que el profano puede permitirse siquiera graduar su aplauso, y sin negarlo á la imitación, dolerse de que sea tal! Esas grandes líneas amplias y severas, esos pórticos y columnatas sujetas á eurytmia y prolongando sus sombras paralelas como soldados en formación, esas ventanas rectangulares, será mal gusto nuestro, nos dejan fríos; no sugieren la idea de la inspiración espontánea y viva, del arte sentido y embelesador que crea nuevas formas, que se complace en su propia obra, se penetra de los oficios á que va destinada, y la embellece, como quien dice á la ventura, al calor de la concepción, soñando con el hechizo de su perspectiva, con los encantos que le prestan los efectos de luz y de sombra, hasta la lluvia y el tiempo y las vicisitudes agrupando en torno y al azar nuevas construcciones. Ya sé que esto es pedir imposibles á la regularidad y al buen orden de la rutina y la necesidad, pero yo creo que sólo así se erigieron los monumentos que nos admiran por lo pintorescos, y sólo así se embellecieron antiguamente las ciudades que visitamos hoy atraídos por la poesía indefinible de sus calles y plazas. Ahora encargar la construcción de un edificio público, es como

decirle á un alumno de retórica «escribame V. una oda en endecasílabos libres.» El alumno se va á su casa, consulta los modelos, aprende la noble fraseología, depurada y atildada de los clásicos, mide los versos y cuenta las sílabas, y después de haber desarrollado el tema con la debida ponderación entre las partes, pone en limpio la composición... y ya está. Y está bien, no cabe duda; pero es preferible á esto la estrofa incorrecta escrita en una noche de insomnio, aunque luego la pula mayor ciencia literaria; que también como la arquitectura, no todo puede ser en la literatura inspiración.

Esto no quiere decir que el Palacio de Bellas Artes no tenga como la oda heroica, ó mejor dicho mudando la comparación, como el altisonante discurso, sus fragmentos dignos de estima, y toda aquella utilidad, todas aquellas grandes dificultades de composición, vencidas y resueltas que sólo el orador sabe lo que han costado. En este punto, nada escatimamos.

Pero sin querer me he detenido ante este edificio más de lo que pensé y queda mucho que decir todavía de las restantes secciones en este rápido paseo. Como no cabe en el espacio de que podemos disponer, quédese para la próxima semana.

J. YXART

LA TELA DE PENÉLOPE

Tejer y destejer era la tarea de la hermosa princesa griega, mujer de Ulises. Hacer y deshacer, formar y transformar, labrar y destruir, es la obra incesante de los hombres y de los tiempos. La naturaleza entera, la creación del supremo Hacedor, nos ofrece el ejemplo de lo que nosotros en pequeña escala practicamos. Todo lo existente, lo orgánico y lo inorgánico, lo animado y lo inanimado, se mueve, se manifiesta, se transforma en esferas concéntricas y de diversas magnitudes, desde lo inmensurable hasta lo mínimo. Dentro del infinito creado, toda vida es evolución: giran los planetas y envejecen en sus órbitas, y desaparecen unos para que se formen otros; giran las edades, giran las estaciones; nacen y mueren las criaturas, los animales, las plantas, como mueren y nacen las ideas, las instituciones, todas las cosas del mundo intelectual y moral, desapareciendo para renacer transformados. De esta manera, todo cambio en lo humano es variación y modificación, no muerte en la acepción vulgar de esta palabra, y la transición de uno á otro estado es operación constante, siendo erróneo el suponer que el tránsito de uno á otro modo de ser no sea obra de todos los tiempos.

En una cosa se diferencian las evoluciones de la materia de las evoluciones del espíritu: en el mundo físico el proceso es constante y nunca interrumpido, por más que se diga que la naturaleza *descansa* cuando los hielos aprisionan el curso de las aguas y el aterido invierno que despojó á las selvas de su fronda paraliza en cierto modo la circulación de las savias nutritivas; porque aun entonces mismo prosiguen en su acción ocultas y latentes las fuerzas que mantienen la vida de nuestro planeta. Pero en el mundo moral la marcha sufre intermitencias, pues á la manera que para hacer su camino el viandante necesita puntos de parada y de descanso, así el espíritu humano necesita períodos de reposo para meditar sobre lo que lleva hecho, corregirse, rehacerse, y seguir luego marchando con nuevos bríos. Por esto las ideas, las aspiraciones, las instituciones sociales, las costumbres, los usos, las modas, todo lo que nace del movimiento intelectual, parecen á veces estacionarse, y cuando la calma y el reposo cesan y el proceso continúa, viene el antagonismo entre lo que concluye y lo que comienza.

Pero en el limitado campo de nuestra existencia, que es nada en la serie de los tiempos, se nos representa como un gran trastorno, como un formidable cataclismo, lo que es en realidad un pequeño sacudimiento de la vida que recobra su acción momentáneamente suspendida.

En uno de estos sacudimientos, en una de estas épocas de transición y transformación nos hallamos hoy; y esto lo advertimos mejor que nadie, y casi diría muy á costa nuestra, los que hemos presenciado cómo iban las cosas en el tiempo durante el cual gozábamos del descanso de la tarea anterior.

Al sistema antiguo de absoluta y omnimoda autoridad bajo cuyo imperio fuimos educados, parece ahora conveniente y útil para el progreso humano sustituir el de libertad omnimoda y absoluta. En esta transición el presente y el pasado andan á mojonos, y no es siempre muy venturosa la suerte de los que nos encontramos en medio del conflicto. A los que somos optimistas nos sirve de consuelo la esperanza de que la lucha y los males que de ella se originan serán transitorios; los pesimistas, por el contrario, se entregan á tristes lamentaciones pronosticando que todo irá de mal en peor hasta que la humana sociedad se hunda en espantoso caos. Nuestras esperanzas estriban en la perfectibilidad humana y en promesas eternas que han de cumplirse á todo trance; el desaliento de los que todo lo ven negro se funda en la creencia de que la decantada perfectibilidad es una quimera, y en predicciones apocalípticas de terrífico carácter. Que el viandante ha dejado el lecho en que reposaba para proseguir su camino, es evidente; ahora, que la senda por donde se quiere dirigir sea la que conduce rectamente á la perfección y á la felicidad, ó bien la que guía á la perdición; que lo que se imagina progreso lo sea realmente,

y no retroceso á la barbarie, eso es ya otra cosa: el tiempo lo dirá; pero creemos los optimistas que aunque se equivoque, ha de reconocer su error y desandar el mal camino que haya recorrido; y dejamos á Dios, que nos ha impuesto el deber de ser perfectos, el cuidado de no despojarnos de los medios necesarios para conseguirlo.

Mientras el conflicto se resuelve, sin remontarnos nosotros á filosóficas investigaciones sobre el destino del hombre según la doctrina católica, ó según las teorías racionalistas, y sin salir del modesto círculo de las costumbres, indicio seguro de las ideas y creencias, consignemos á fuer de narradores imparciales algunos hechos referentes á la lucha intestina ó sea á los conflictos de familia, inevitable resultado de la transformación que hoy se está verificando, y que parecen unas veces síntomas de adelanto, y otras indicios de degeneración. Los hechos se desprenderán de la escena que voy á fotografiar.

Intervienen en ella un caballero anciano, de noble porte y de distinguida naturalidad en su expresión y maneras, vestido con una larga levita gris-marengo; una hija suya de veinte abriles, bonita y fresca como una camelia, pero un poquito afectada; y un joven *fashionable* que frisa apenas en los treinta años, socio del *Veloz-Club*, aficionado al *baccarat*, á la americana de color de avena y al hongo, muy cuidadoso de que se vea siempre en sus camisas la tersura y el brillo de la porcelana, de que sus largas uñas estén transparentes como el cristal, los dedos anular y meñique de su mano derecha adornados con gruesos anillos, su calzado de *punta de cuerno* bien charolado, y su barba bien perfumada y compuesta: el primero, fustigador implacable y nervioso de todos los nuevos usos y modas, y de las nuevas ideas de emancipación general, intelectual y religiosa, política y económica; el último, resuelto partidario del progreso indefinido en todas las esferas de la actividad humana. El anciano, D. Teófilo, ocupa un sillón de brazos en un gabinete elegantemente decorado, obstruido por multitud de mueblecitos de distintas épocas y estilos, llenos de cachivaches, figurillas, vasos con flores, tiestos con plantas de hojas multiformes, ya matizadas de vivos colores, ya tendidas en irrespetuosas proyecciones; retratos en fotografía con marcos y sin ellos; bronce, porcelanas de Imali y de Corea, berneales de reflejos nacarinos y formas caprichosas, escriños repujados y esmaltados, ceniceros del Japón, albums y libros ricamente encuadrados. Una lámpara-faro, que su hija Florencia, idólatra de la luz, le ha colocado junto á la cabeza, sobre un hermoso estípite de jaspe y bronce, ilumina con abrasadora intensidad su venerable rostro, que hace aún más respetable una sedosa barba blanca, y en el cual se advierte una marcada expresión de disgusto. El joven, Ricardo, está perezosamente tendido, más que sentado, en un sofá que hay á poca distancia, separado del sillón de don Teófilo por una mesita Luis XV, atestada de incómodos trabajos; y delante de él, en el suelo, como una odalisca, sobre un vistoso almohadón de ramaje persa, que sólo levanta medio palmo de una bonita tarima de roble tallado, hace como que se ocupa afanosa la linda Florencia, que está no sé cuántos años há bordando para cierta sillería en proyecto una ancha tira de cañamazo, sin pasar nunca de la primera greca.

Alarga bruscamente D. Teófilo á Ricardo un periódico que tiene en la mano, sin recordar que en aquel santuario de la moda los movimientos tienen que ser muy estudiados, y tira al suelo con el papel un jarrito de Alcora donde había dos magnolias y una vara de nardo, de cuyo olor demasiado subido se queja en vano todos los días aquel pobre mártir de los caprichos de la niña. — Vea V., Ricardo, — le dice, mientras Florencia recoge el cacharro lanzando á su padre una mirada de indignación, — vea V. adónde nos conducen las estupideces de esta prensa periódica que se llama el «cuarto poder del Estado.»

Ricardo, que estaba embelesado contemplando á la muchacha, y acariciándose con la mano, en que luce un enorme anillo con un gran ojo de gato, el empuje del pie izquierdo, y recreándose en la suavidad de su calcetín de seda azul marino, toma el periódico, y con indiferente sonrisa lee las siguientes líneas: «En la sala de lo criminal de la Audiencia de esta corte se vió ayer la ruidosa causa de Dolores Jiménez (a) *la resuelta*, ante un inmenso público en el cual figuraban las más hermosas é ilustres damas de la capital, atraídas por la simpatía que en todas las clases sociales ha despertado la hermosa y desgraciada delincuente, y por la justa fama que goza en el foro de Madrid su defensor, el letrado D. Agapito Taravilla. La *resuelta*, encausada por los crímenes de infanticidio, parricidio y envenenamiento, oyó con verdadera grandeza de ánimo la acusación del Fiscal, que pide para ella la pena de muerte; y la defensa del Dr. Taravilla, que en felicísimos períodos de arrebatadora elocuencia logró interesar á la parte más lucida y selecta del auditorio, que le escuchaba conmovido, fué un verdadero triunfo



MAL ENTRETENIDOS, cuadro de J. Ferrer

para la ciencia moderna, la cual, divorciada de las teorías rancias de los tiempos pasados en materia de Derecho penal, aspira á proclamar como axioma la irresponsabilidad de esos seres desgraciados que, víctimas de los errores de la sociedad en que viven, y en el culpable abandono en que yacen desde la infancia, se ven irresistiblemente impelidos al crimen como ciegos agentes ó meros instrumentos de pasiones que no está en su mano refrenar. La *resuelta* es una mujer de elevada estatura, rostro moreno y aguileño y ojos de fuego, — verdadero tipo egipcio, — digno modelo para un cuadro en que figurase la hermosa hija de Faraón. Es *la resuelta* lo que se llama un gran carácter: en un arrebato de celos, envenenó á su amante, estranguló al nacer al fruto de sus amores, y mató luego á su padre, al reconvenirla éste por su inhumano atentado, asestandole un hachazo en el cuello que le dejó la cabeza colgando. A despecho de la aversión que inspiran sus crímenes, interesa esa mujer, considerando lo que hubiera podido hacer de esta española Medea una sociedad solícita, inteligente y previsora. Dícese que las más distinguidas damas de nuestra aristocracia interpondrán sus instantes ruegos cerca de S. M. la Reina, siempre tan compasiva con los desgraciados, para obtener su indulto. Por de pronto, ya obran en la causa luminosos dictámenes de médicos alienistas muy acreditados, los cuales afirman que *la resuelta* perdió la razón en la exaltación de su dolor al ver muerto á su amante del veneno que le administró en su celoso arrebato, y que en todo lo demás obró sin conciencia de lo que hacía...»

— Esto no puede aguantarse, — exclama D. Teófilo levantándose furioso, y derribando con su brusco movimiento la preciosa y frágil mesita con el servicio de café, que tenía delante, de la cual sale rodando una pata salomónica hecha dos pedazos.

— Papá, ¡qué arranques tienes! — grita la niña con gesto agrio, disponiéndose á recoger las piezas de Sèvres desparramadas.

— He aquí otra gracia más, — clama á su vez el padre indignado, mientras se limpia con el pañuelo el pantalón rociado de café: — ¡qué hermosura, el no poderse uno revolver sin hacer destrozos, en estos cuartos de muñecas atestados de estorbos!

— No tiene la culpa la moda de tener habitaciones elegantes, — observa con fría sonrisa Ricardo. — Si hubiese V. tomado con menos calor la cuestión de *la resuelta*...

— Pero, hombre, ¿es tolerable esa serie de barbaridades?

— A mí no me parecen tales.

— Es que los jóvenes padecen Vds. hoy de estrabismo moral é intelectual.

— No veo porqué.

— Pues, en primer lugar, aquí tiene V. (señalando el periódico) un público de lo más distinguido de la corte, y principalmente de señoras, que, sediento de emociones, asiste á tales espectáculos y se interesa por una hiena feroz, afrenta de la especie humana é indigna de figurar en el número de los vivientes. En segundo lugar, unas damas de lo que llaman Vds. la *high life*, que, sólo para granjearse fama de sensibles y caritativas, van á interceder por ese monstruo, y arrancar quizá á la piadosa Reina un indulto muy mal empleado. En tercer lugar, un abogadillo charlatán que sostiene la absurda doctrina de la irresponsabilidad del delincuente, negando la conciencia y el libre albedrío, y la luz natural dada á toda criatura para discernir el bien y el mal, proclamando en suma el fatalismo, y negando también, de consiguiente, la legitimidad del derecho de castigar, esto es, socavando los fundamentos de la justicia humana. En cuarto lugar, unos médicos que, á título de *alienistas*, conspiran á arrancar del poder de los tribunales, y de las prisiones donde se expían los crímenes (prisiones que también una falsa filantropía

á las exactas y naturales, — replica Ricardo con enérgica entonación.

— Se equivoca V.

— Usted es el que se equivoca, — replica Ricardo con semblante bilioso.

— Papá, no te enfades. En tu tiempo no se sabía lo que se sabe hoy.

— ¡Calle V., doctorcilla sin seso! — prorrumpió airado el anciano.

— Pues mira, papá, esas señoras que se interesan por *la resuelta* no deben ser para tí sospechosas: todas ellas probablemente pertenecerán á asociaciones de caridad.

— Esa es otra. ¡Buena caridad! Las distinguidas damas que cuando celebran sus juntas benéficas hacen intransitable la vía pública con sus elegantes carruajes, que ejercen la virtud á son de trompas y clarines, que hacen rodar los nombres de sus excelentísimas personas con el aditamento de *Presidenta*, *Tesorera* y *Secretaria* por todas las casas de Madrid, en los periódicos, en esquelas de rifas y loterías, en circulares, enganchando incautos para funciones de teatros, máscaras, toretes, bailes, conciertos y reuniones en los jardines públicos, y agotando cuantos medios pueden sugerir el ingenio y la coquetería para figurar en letras de molde; esas ilustres matronas, tan alejadas de la verdadera caridad cristiana, humilde, oscura y paciente, cuanto corrompidas por la vanidad y el orgullo, que miran con desprecio á todo el que no pertenece á su *clase* y que hasta en el templo mismo mantienen su altanería delante de Dios crucificado, como diciendo á Jesucristo: me digno arrodillarme en tu presencia; esas miserables criaturas, que se creen de masa distinta de los demás hijos de Adán, han de llevarse un terrible chasco cuando en el trance formidable de la muerte comparezcan ante el Supremo Juez.

— Yo no defenderé, — observa Ricardo, que cree equivocadamente haber recobrado su serenidad, — la moda de ejercer la caridad á trompetazos, porque dijo Jesucristo que debe la una mano ignorar lo que se da con la otra, y no es verdadera limosna la que se hace con ostentación y como para recibir aplauso; pero al fin y al cabo, si el objeto es remediar las necesidades de los pobres, ¿qué importa que esto se haga por medio de lícitas diversiones, y sin que en ello intervenga la caridad cristiana?

— Hasta en esto yerran Vds., — interrumpe D. Teófilo: — la sana moral no autoriza á buscar el bien por caminos pecaminosos; y no me negará V. que lo es toda excitación á la vanidad y á la sensualidad.

— Papá, ¡qué buen predicador harías tú! — exclama Florencia lanzando una carcajada, que reprime con gesto de enojo su padre.

— Señorita, esa impertinente salida sólo prueba que está V. contagiada de las malas ideas de este caballero...

— Pues dice bien Ricardo, ¿qué importa que la caridad se haga bailando y divirtiéndose...?

— Calle V., reloj de repetición: ya he dicho que eso no es lícito, y sobre todo á V. no le es permitido tener ideas distintas de las de su padre en cosas de tanta trascendencia: ni en nada.

— De manera, — observa Ricardo, — que todos han de pensar como usted.

— No como yo, — replica D. Teófilo cada vez más enojado, — sino como manda la sana moral cristiana.

— Pues si una hija, — arguye Florencia, — no puede pensar ni discurrir por sí, ¿por qué se dice que la mujer debe hacer uso de su razón y cultivarla lo mismo que el hombre?

— La autoridad tiene sus límites, Sr. D. Teófilo.

— Amigo mío, V. y yo no podemos entendernos: partimos de principios enteramente opuestos. V. está por eso que llaman *progreso* y yo estoy por lo invariable y lo estacionario; V. elogia todo lo que es emancipación y libertad, y yo los condeno como instrumentos peligrosos en

conspira á convertir en colegios), á los malvados, para llevarlos á los manicomios. En quinto lugar, una prensa que se hace órgano de todas estas insensateces; y en sexto lugar... en sexto lugar... una gente tan frívola y baladí que, sólo por ser de moda esas peligrosas novedades, las escucha impávida y las defiende.

Mientras profiere estas últimas palabras, fulmina don Teófilo miradas de enojo á sus dos interlocutores. Ricardo, reformando su postura demasiado abandonada, se pone también en pie, y con afectada serenidad:

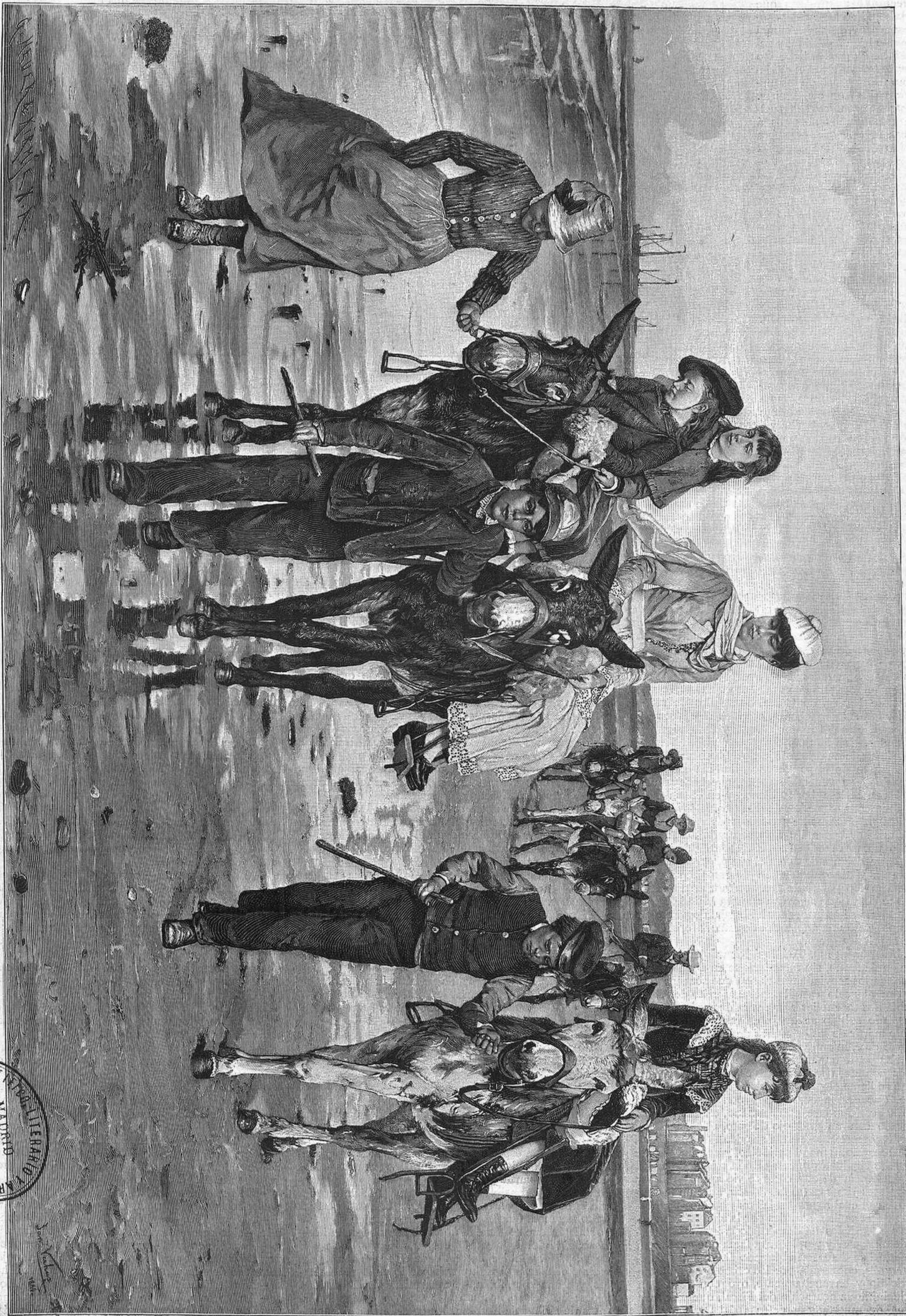
— Todo eso que V. censura, — le replica, — todo eso que usted condena como errores, son conquistas de la ciencia moderna...

— De la ciencia moderna, papá, — añade Florencia, repitiendo como un eco las expresiones de Ricardo.

— ¡Déjeme V. en paz con su ciencia moderna! — interrumpe don Teófilo cada vez más exaltado, y sin tomar en consideración al hermoso lorito. — En ciencia moral no hay moderno ni antiguo.

— Los progresos de la razón humana alcanzan á todas las ciencias, así á las morales como

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DE VIENA



CABALGATA EN LA PLAYA, cuadro de Juan Verhas (De una fotografía de Rodolfo Schuster, en Berlín).

MADRID
 BIBLIOTECA
 ARTÍSTICA
 CIENTA Y CINCUENTA Y SEIS

manos siempre inexpertas; usted cree en la perfectibilidad fuera de la religión, y yo la estimo imposible; usted entiende que la sociedad humana puede marchar sin freno, y gobernarse los pueblos por sí mismos, y yo entiendo que han de necesitar siempre de tutores, cuando no de andadores; que los modernos inventos de la ciencia, el vapor, los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono y el fonógrafo, son meros juguetes que nada influyen en el perfeccionamiento moral del hombre. Yo quiero medidas represivas y preventivas, policía severa, la intervención de la autoridad en la familia, en la educación, en las costumbres, públicas y privadas, y hasta en las creencias y en las prácticas religiosas; quiero la previa censura para la prensa y para los teatros; quiero...

- No se canse V., le comprendo: V. está por el régimen de los tiempos de Calomarde, - interrumpe Ricardo, ya impaciente

- En todo, ¡en todo!
- Y á V. le parece justo, - continúa el joven exasperado, - que llevando su hija el respeto filial hasta la falsedad y la hipocresía, no le contradiga nunca, aunque esté lastimosamente equivocado, y profiera las más inadmisibles herejías científicas.

- En cuanto á herejías científicas, - refunfuña el anciano muy amoscado, - debo decir á V., señorito, que aun no tenemos en ciencias puramente humanas dogmas ni

iglesia. Por lo que hace á mi hija, yo soy el único responsable de su educación: para eso soy su padre.

- Pero de todas maneras, no debe V. ser su tirano.
- El tirano es V., que la tiene subyugada á sus malas doctrinas, poniendo en peligro su candor y su fe.

- Basta, Sr. D. Teófilo; si V. tiene de mí tan deplorable opinión, yo no debo ser causa por más tiempo de disgustos domésticos. V. impera en su familia, y yo... - Y sin terminar su frase de despedida, Ricardo toma su som-

transforma, y unas veces avanza y otras retrocede; y el cual hace que las generaciones anden siempre unas con otras á mojicones, entendiendo cada una á su manera el progreso y la civilización humana.

Todos, sin saberlo, tejemos y destejemos en esta tela de la vida secular del mundo, imitando la incesante tarea de la hermosa princesa griega.

PEDRO DE MADRAZO.



Á LA PUERTA DEL MESÓN, cuadro de Otón Seig



DIABLO DE MUCHACHO... cuadro de Antón Botta

MADRID
BIBLIOTECA
ATENEOS CIENTÍFICO Y ARTÍSTICO



¿Y QUÉ TRAE USTED?

LA ZARZUELA NUEVA

Todo el mundo sabe cómo se pinta un cuadro, cómo se modela una estatua, cómo se funde un bronce, pues el taller del pintor, el obrador del estatuero y la fundición han sido objeto de muchas y muy detalladas descripciones. No sucede lo propio con la obra literaria. ¿Quién ha podido penetrar en el santuario del poeta y percibir cómo es concebido el parto del ingenio escrito, no sólo con tinta, sino con sangre del infeliz vate? Pero no pretendo enterar á mis lectores del modo cómo surge una poesía lírica, por más que las novecientas y pico que llevo escritas pudieran darme para ello autoridad bastante, ni explicar las dificultades con que tiene que luchar el que va en busca de asunto para una novela; no, por esta vez me limitaré á relatar de qué manera nace una pieza del género bufo.

Puedo hacerlo tanto más en cuanto he sido actor y he estado, por ende, metido en todas estas cosas; es más; de mi ingenio han brotado (unos por propia inspiración; por razón del tanto por ciento otros) varios dramas que con éxito asombroso se han representado en Torrecamello, Cuatrovecinos y otras poblaciones de importancia análoga, ante cuyos públicos fué estrepitosamente aclamada mi humilde persona. Mi *Tugumir, príncipe de los vendados* ó *Traición, venganza y bajeza humana*, hizo furor; especialmente el tercer acto, cuando el protagonista, por equivocación y por envidia, es maldecido por su prima en el momento en que un rayo incendia la choza de unos carboneros.

Pero no hablemos más de mí, pues esto, amén de poder valerme la censura de inmodesto, me aleja de mi pro-



Trabajo todo el día y la siguiente noche hasta dejar terminado el acto segundo.

pósito, que no es otro sino dar á conocer cómo nace la pieza bufa, esta fotografía de la vida común, sazónada con canto y música. Alguien creerá que escribir una pieza de este género es cosa tan fácil como confeccionar una tragedia con unos cuantos versos heroicos, un asunto más ó menos espeluznante y algunos más ó menos históricos personajes. Se engaña quien tal supone: el género bufo es, sin disputa, el más difícil de todos los géneros dramáticos. ¿Os parece poco, caros lectores, tener que hacer reír al público por espacio de tres ó cuatro horas con chistes agudos, palabras de doble sentido y coplas sobre los tan gastados temas del Estado, la familia, la diplomacia, la política, la magistratura, acompañados de los imprescindibles ratas, chulos y polizontes? ¡*Quod non! Non omnia possumus omnes*, que traducido al romance significa, ó puede significar, que no todos sirven para el género bufo.

Pero vayamos al grano. Generalmente cree el público que el poeta escribe su obra, se la envía ó lleva directamente al director del teatro y que éste la lee lo más pronto posible para proporcionar materiales al repertorio, cuya variedad y bondad son el factor primero de los ingresos y por lo tanto el elemento indispensable para el «pan nuestro» de la empresa. Y, sin embargo, esta creencia; por lo mismo que es natural y lógica, es equivocada. El director lo primero que hace es leer el nombre del autor; si éste es conocido ¡magnífico! la obra es leída en pocos días ó horas y puesta en breve tiempo en escena. ¿Es un principiante? el fruto de su ingenio no merece los honores de la lectura, y al cabo de algunas semanas le es devuelto al infeliz el manuscrito, acompañándolo de las frases de rúbrica tan sobradas de cortesía como faltas de caridad. Para estos directores el que ha escrito algo ó mucho bueno no puede escribir ya nada malo: en cambio el que no ha escrito ni bueno ni malo no es posible que debute con algo que valga la pena. ¡Así anda el mundo!

De esta opinión participa mi director, antiguo actor trágico que, atendiendo más tarde á sus intereses, se convirtió en actor bufo. El público no está ya por el drama ni por la tragedia. Mi *Tugumir* era una obra perfecta como drama, — tenía 25 personajes principales, seis grandiosos monólogos, combates, traiciones, tempestades, etc., — á pesar de lo cual el éxito *económico* fué tan triste, que el tanto por ciento se lo llevé íntegro mi lavandera, y aun hube de añadir una peseta y setenta y cinco céntimos para completar la cuenta.

En cambio, ¡la zarzuela bufa! Si Schiller y Goethe se hubiesen dedicado á ella con la colaboración de Beethoven para la música de los *couplets* ¡pobres Tell, Tasso, Fausto y Wallenstein!

De nuevo observo que me aparto del asunto; ¡son tantas las ideas que en mi mente se acumulan cuando hablo de estas materias! Decía, pues, que me proponía referir á mis lectores cómo nace y se desenvuelve una pieza bufa, para lo cual no he de apelar á experiencias ajenas, sino que me basta y sobra con las mías propias.

Son las nueve de una hermosa mañana de estío: mi director y su esposa, mujer alta, flaca y de temperamento enérgico, que en otro tiempo había representado á Yocasta y Leonor, están tomando suculento desayuno en compañía de su hija, hermosa niña de cinco años: la felicidad resplandece en los tres rostros; la escena bien puede calificarse de idilio, al que viene á poner término un campanillazo y á los pocos instantes la presencia de este servidor de Vds.

— Buenos días, director; buenos días, directora.
— ¡Ah! es Compostela, — exclaman ambos á duo. — ¿Y qué trae usted?

Porque hay que advertir que mi hombre pregunta siempre «qué le traen» y nunca «qué se le llevan.»

— Tengo argumento para una nueva pieza bufa.

— ¿De veras? — y un fluido de satisfacción invade el rostro de los directores. — ¡Magnífico! y ¿qué título tiene?

— «La Desamparada.»

— ¡Hum! ¿Cree V. que este título llamará la atención?

Porque hay que fijarse mucho en la impresión que el título estampado en los carteles ha de producir en el público. ¿No sería mejor titularla «El hijo perdido» ó «Emilio el calavera»?

— Es que en mi pieza — me atrevo á replicar — no se pierde ningún hijo, ni hay ningún calavera ni cosa que lo parezca. Se trata de una muchacha bella y virtuosa pero pobre, papel que sentaría á las mil maravillas á nuestra señorita Angelina.

— ¿Muchacha pobre? no sirve. La actriz habría de salir miserablemente vestida y ya sabe V. cuánta importancia doy á los trajes.

— Todo puede arreglarse porque al final del primer acto aparece un tío de la niña que acaba de llegar de Nueva Guinea...

— ¿De Nueva Guinea? ¡Bravo! Aquí será de efecto seguro un *couplet* de circunstancias.

— El tío es inmensamente rico, se hace cargo de su sobrina, la cual en la primera escena del acto segundo sale vestida de amazona; en la quinta luce un rico *matinée* y al final un espléndido traje de baile.

— ¡Magnífico! ¿Y la señorita Carlota y Fernández y Sánchez tienen buenos papeles? Supongo que los habrá para todos los actores de la compañía, porque no ignora usted que no me gusta que ninguno se quede sin trabajar. ¡Para esto les pago!

Procuro tranquilizar á la dirección asegurándole que el reparto alcanzará á todos.

— ¿Y para mí? — prosigue diciendo el director. — No me venga V. con papeles de zapatero como el de «Leopoldo» ó como el de leñador de «Los dos hermanos.» Acuérdesse de que mi guardarropía está bien provisto de magníficos trajes.

— Usted es el tío ¡gran tipo! En el primer acto traje un tanto fantástico, algo indio; en el segundo, traje de caza con frac encarnado al principio, y en la escena del baile gran etiqueta con cinco condecoraciones.

— ¡A las mil maravillas! V. es un genio, amigo Compostela. Y ahora explíqueme V. la estructura de la pieza. Por supuesto que será popular, con su poquito de tendencia moral y con efectos bien combinados. A propósito de efectos, ¿no le parece á V. que sería de éxito seguro que al final del tercer acto me hundiera en un precipicio? Hace tiempo que no se ha usado este recurso escénico.

— Procuraré hundirle á V., ya que se empeña.



Si me complace, sabré recompensarle con un beso más dulce que la miel

Puestos de acuerdo sobre la luz eléctrica y demás detalles *imprescindibles*, saco mi manuscrito y empiezo su lectura por el coro de introducción seguido de un monólogo de una criada y de un diálogo de dos personajes secundarios; durante estas primeras escenas el público ha tenido tiempo de entrar y acomodarse en sus asientos, después de lo cual reina completa tranquilidad en la sala cuando comienzan á desfilar los principales personajes y surge la trama entretenida por los amores de la dama joven con el galán, que la adora, mas no puede casarse con ella porque la reciente quiebra de su padre lo ha dejado sumido en la miseria. Los chistes se suceden sin interrupción y llego por fin á la salida del primer actor, del tío de Nueva Guinea. El director sonríe y aplaude, pero al llegar á la escena undécima, cuando el amo de la casa, que le ha tomado por un pordiosero, quiere arrojarlo de su presencia, la directora me interrumpe con desahogado grito:

— ¡Alto aquí! Mi marido no puede sufrir semejante humillación. ¡Ser arrojado como un mendigo! Es preciso que modifique V. esto, Compostela.

— Bueno; haremos que sea su marido el que arroje



Pero Compostela, ¿no tiene V. corazón?

al amo. La persona es lo de menos, lo importante es el efecto.

Arreglado así el asunto, acabo de leer el primer acto, que arrebató a mis directores, y dejándoles el manuscrito me encamino a mi casa, en donde trabajo todo el día y la siguiente noche hasta dejar terminado el acto segundo. Apresúrome a presentarme con él a mi director, el cual me dice que habiéndolo meditado mejor, entiende que en el primer acto se han de introducir importantes modificaciones; que el tío no ha de llegar, sino que ha de hallarse presente desde un principio, que la dama no ha de estar sola en el mundo sino tener algunos parientes colaterales, que en vez de criada ha de ser criado, que se ha de variar el coro de introducción, que el segundo actor no ha de salir hasta en el segundo acto y que el diálogo ha de ser completamente cambiado.

— Fuera de esto, — añadió, — lo demás puede quedar tal como está.

Prometo hacer todas estas modificaciones y leo mi segundo acto que entusiasma, salvo que al director se le ha ocurrido una idea y no hay más medio que aprovecharla, por más que esté tomada de antiguos dramas.

En suma; hay que cambiar escenas y situaciones enteras; pero esto es fácil: con arrancar algunas páginas, borrar grandes trozos de otras y pegando los nuevos que han de sustituirlas, — con cola, se entiende, — queda el asunto arreglado. ¡Quién puede imaginar cuán importante papel desempeña la cola en la literatura! Queda, pues, el segundo acto a completa satisfacción del director; se comprende: además de lucir el frac encarnado, casi durante todo el acto está solo en escena, recita un extenso monólogo, canta unos largos couplets y tiene una escena del más puro sentimentalismo. Con esto nadie podrá disputarle los aplausos del público, y para él únicamente serán las llamadas a la escena... si las hay.

Terminado mi tercer acto, vuelo con él a casa de mi director, quien lo califica de soberbio.

— Poco hay que retocar en este acto; con que la penúltima escena pase a ser la primera y la quinta la tercera, y con que el aria del tenor sea un duo de barítono y tiple, queda la pieza perfectamente redondeada.

Accedo a todas sus exigencias, hago las modificaciones indicadas y me presento de nuevo al director, que parece del todo satisfecho de mi obra.

También lo estoy yo de haber puesto fin a mis tormentos, cuando de repente se abre la puerta y aparece la señorita Carlota.

— ¡Buenos días, director! ¡Buenos directora! ¿Usted por aquí Compostela? Ya sé que ha compuesto V. una nueva pieza. ¡Magnífica! La conozco de oídas. Pero ¡es tan corta mi parte de canto! ¡No más que dos couplets! Ya sabe V. que el público me oye con entusiasmo. Es preciso que me añada dos números más. Y a propósito; estoy estudiando una canción «La tórtola» con un estribillo que imita el triste canto de esta ave, obra de un músico paisano mío, y es necesario que entre también en la pieza. ¿Qué? ¿Cómo? ¡Que sí! ¡Y es claro! ¡Es V. tan amable! Si me complace, sabré recompensarle con un beso más dulce que la miel.

Este torrente de palabras va acompañado de tales sonrisas y de tan expresivas miradas, que no hay medio de resistir. Se añadirán los números, «La tórtola» tendrá sitio oportuno, pero, ¿y mi obra? ¡Ah, las mujeres!

¿Creerán Vds. que cesan

aquí mis torturas? Por la tarde encuéntrome cara a cara con la señorita Angelina, que con voz elegíaca me dice: — Pero Compostela, ¿no tiene V. corazón? para Carlota seis números, y sólo tres para mí! Antes que tal sufrir, rompo mi contrata. No soy exigente; quiero únicamente un número más que mi compañera.

— ¡Amiga mía! ¿le parece poco para mi pieza, dos coros, tres couplets, una romanza, tres duos, un sexteto, un cuarteto y dos concertantes, que todavía quiere V. añadirle más números?

— Suprima recitados, haga lo que quiera, pero ¿Carlota seis y yo tres? ¡Jamás, jamás, jamás!

— Pero Angelina...

— ¡Ay, Compostela, por piedad!

Y al decir esto se arroja a mi cuello y creo que me besa.

En fin, hay que acceder.

¡Así va saliendo mi pieza!

¡Y aun si pararan aquí las añadiduras, correcciones y supresiones! Pero ¡ca! cada ensayo es nueva fuente de ellas, hasta que entre todos ponen mi obra de tal suerte, que los personajes, las escenas, el argumento, el diálogo, los chistes, etc., etc., acaban por ser tales, que ni yo mismo los conozco. El título no ha escapado tampoco al furor de mis colaboradores: la directora ha sustituido el de «La Desamparada» por el de «El tío australiano.»

Finalmente, llega el día del estreno y el teatro se llena y la pieza entusiasma y el público entre frenéticos aplausos llama repetidas veces a la escena al director, a los actores y al autor ¡Quién lo soñara!

— ¡Sois un genio! — me dice el director abrazándome — ¡se figuraría decirme algo nuevo para mí!

En suma, la pieza se representó por espacio de muchas semanas: el director realizó ganancias fabulosas sin que mi cercenado tanto por ciento sufriera, a pesar de ello, la menor alteración; Carlota me cumplió su promesa y Angelina no quiso ser menos que ella ni aún en esto.

Al cabo de algún tiempo, llaméme el director a su casa y me introdujo en un salón en cuyo centro se alzaba un pedestal y sobre éste... ¡mi estatua! Sí, allí estaba yo, ó por mejor decir mi alter ego en modesto yeso: el artista había estampado en mi frente la llama del genio.

No pude contenerme y arrojándome en brazos del director procuré lo mejor que supe expresarle mi reconocimiento. ¡Y yo que me quejaba de que no me hubiese aumentado el tanto por ciento! ¡Miserable condición la del hombre!

Por fin, repuesto de la emoción del primer momento, logré decirle:

— ¡Querido director! Agradezco más de lo que V. imaginar pueda este rasgo de exquisita fineza y sólo siento el gasto que esto ha debido ocasionar a usted.

— Lo que es por esto, deseche V. todo cuidado — me contestó; — la estatua es obra de un escultor que hace tiempo me adeudaba un pico y me ha pagado en trabajos personales... Al fin y al cabo era una deuda incobrable...

De pronto se me ocurrió extrangular a mi director que tan cruelmente me despeñaba del templo de mis ilusiones. Luego calculé que extrangularle era poco castigo para tamaño delito y resolví exponerle a la pública vergüenza.

Tal es el origen del presente artículo, que leí en cuartillas a mi director. Este me abrazó a su vez, diciéndome:

— Gracias, amigo Compostela... V. me proporciona salir en caricatura, que es la gran apoteosis del siglo...

Está visto; no hay manera de matar a un empresario.



¡MI ESTATUA!

UN CABLE A TRAVÉS DEL PACÍFICO

Proyecto de unión de las Californias a las islas Havayenses y al Japón por medio de un cable

Las islas Havayenses tienen la misma importancia estratégica en el Pacífico que en otro tiempo tenía Malta en el Mediterráneo. En caso de guerra entre las naciones que habitan las costas del Pacífico, las islas Havayenses serían por su favorable situación central el punto de reunión de que partirían las expediciones militares para atacar ya las costas de América ya las de Asia. Sobre esto, serían el gran depósito de carbón del Océano Pacífico, ventaja que todavía aumenta su importancia. Una flota que fuera en son de guerra contra San Francisco arriesgaría el éxito y su propia seguridad si dejara atrás este archipiélago en poder del enemigo. Rápidos cruceros que partirían de las radas de Honolulu y de Pearl Harbour avisarían siempre a tiempo la llegada del enemigo; y es muy posible que, estando ocupadas estas islas por los americanos, se decidiera la suerte de San Francisco por una batalla librada en este puesto avanzado. Por eso es una aspiración general en el país ver telegráficamente unidas las islas al continente.

Considerando la empresa como indispensable a la defensa de los Estados y de los territorios del Pacífico, uno de los más valiosos miembros del Congreso, M. Morrow, persigue el proyecto de establecer una línea telegráfica, transoceánica entre San Francisco y las islas de Sandwich.

Bien que se haya anunciado que el gobierno inglés tenía la intención de tender un cable entre Vancouver y las islas Sandwich, y prolongarlo por Fidji hasta un punto cualquiera de Queensland (Australia), no es un embarazo, ni menos una dificultad para la otra empresa, como quiera que por la otra parte no se ha hecho hasta ahora ningún estudio del proyecto: los únicos trabajos que se poseen sobre el fondo del Pacífico se hicieron trece años há por el capitán Belknap, hoy comodoro, a bordo de la *Tuscarora*.

Por acuerdo del Congreso de 3 de mayo de 1873, se ordenaron estos sondeos para determinar el medio práctico de inmergir un cable entre los Estados Unidos y el Japón. El capitán Belknap hizo un circuito y penetró en el grupo de las islas Aleutianas, donde hay 22 días de niebla al mes, siendo allí continua la tempestad, y poderosas y traidoras las corrientes. Con esto adquirió la convicción de la imposibilidad del empeño de tender un cable submarino en esta dirección.

Entonces recibió orden de explorar un nuevo rumbo, en la extensión de San Diego a las islas Havayenses, de aquí a las de Bonin y de éstas al Japón.

Este viaje se efectuó a principios de 1874 y el ministerio de Marina publicó la memoria de esta otra exploración. Cuando se llegó al estudio de las tablas hidrográficas, un corresponsal del *Herald* de Nueva York pidió el parecer del profesor Davidson, del servicio hidrográfico de las costas.

No hay diferencia entre la vía de San Diego y la de San Francisco y si ha de hundirse un cable, más bien sería desde esta ciudad que es un centro telegráfico. La distancia de Honolulu es en números redondos de 2000 millas ó sean 3209 kilómetros. A las 70 millas (113 kilómetros. 333 m.) de Golden Gate, se llega a una profundidad de 12,000 pies, y luego a 14,000 y a 16,000, que es la profundidad media en todo el trayecto. En la vía de San Diego, da el capitán Belknap una profundidad media de 15,370 pies.

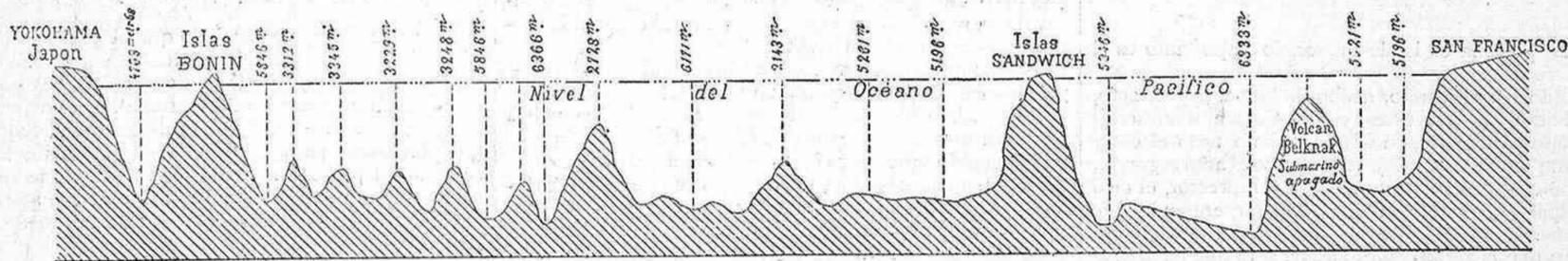
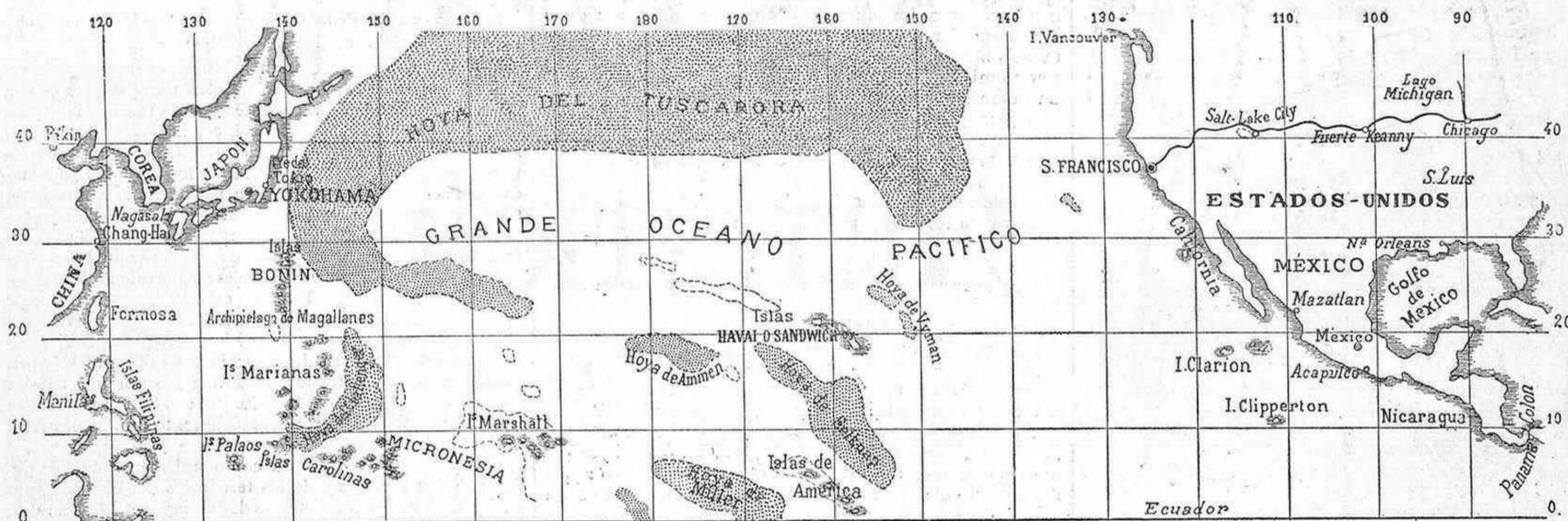
A los 32° 37' lat. N. y 132° 35' long. O. (meridiano de Greenwich) debe señalarse la existencia de un volcán apagado cuya cima llega a 2300 pies de la superficie, con grandes profundidades al rededor. Además entre la costa y las islas hay un profundo hueco, donde la sonda se hunde 19,000 pies; pero por regla general la profundidad media es de unos 16,000 pies. Una formación de arcilla morena con algunos residuos volcánicos constituye su fondo. No hay corrientes submarinas, y si a esto se añade que son raras las tempestades en aquella región del Pacífico, se vendrá a reconocer que es la dirección ó vía más conveniente para el establecimiento de un telégrafo submarino. Este hilo evitaría, por de contado, el monte Belknap.

Si entre los Estados Unidos y el gobierno havayense existiera un tratado, vendría a resultar que Pearl Harbour, en la isla de Oahu, sería propiedad de dichos Estados como estación naval y depósito de carbón. Allí precisamente vendría a recalar ó dar en tierra el cable submarino.

La adquisición de estas islas arrastraría naturalmente la necesidad de ponerlas en estado de defensa para hacerlas inexpugnables por la parte del mar.

De esta manera, no tendría que temerse nada por el cable en tiempo de guerra y estaría exclusivamente reservado a los Estados Unidos. Este país tendría una intervención absoluta en el Pacífico, aunque sus fuerzas navales fueran inferiores a las de su enemigo. Pero las consecuencias estratégicas de esta nueva empresa no pueden realizarse hasta que se tenga la certeza de que la nueva línea telegráfica, en vez de detenerse en las islas Sandwich, continuará hasta el Japón.

El Japón está actualmente en comunicación con los Estados Unidos por la línea danesa que va de Yokohama a Shanghai, y de aquí a Hong-Kong, y además por las líneas inglesas que van a alcanzar la red telegráfica de la India, la línea del mar Rojo y la red europea. Un despacho de Tokio, con destino a Nueva York, tiene que recorrer las dos terceras partes de la tierra, cuando la distancia que separa estos dos puntos es apenas de un tercio. En



PERFIL DEL FONDO DEL OCEANO PACIFICO sobre el cual debe tenderse el cable telegráfico proyectado entre California y el Japón

caso de guerra con la Gran Bretaña, se cortarían las comunicaciones en Singapore. Mientras si existiera una línea con el Japón, los Estados Unidos se comunicarían directamente con este imperio, y por el Japón con la Europa, tomando la línea danesa hasta Vladivostok y la nueva línea siberiana, actualmente en construcción, sin cuidarse de saber si los cables transatlánticos están ó no en poder del enemigo.

Tan pronto como el capitán Belknop hubo terminado sus sondeos en las islas Havayenses, los continuó entre estas islas y el grupo de las de Bonin y desde aquí hasta el Japón.

Las cosas cambiaron allí de aspecto. La distancia de Honolulu á las islas Bonin es de unas 3,580 millas (5,424 kilómetros), de las islas de Bonin á Yokohama, 470 millas (754 k. 237 m.). A algunas millas del grupo de las islas Havayenses, tiene el Océano una profundidad de 14,000 á 17,000 pies con un fondo bastante igual en una longitud de 800 millas (1,283 k. 808 m.).

Tócanse entonces la primera cadena de siete montañas, poco elevadas, por otra parte, deteniéndose la más culminante á 10,800 pies de la superficie del mar. Después se encuentra un profundo valle de 18,000 pies y de una amplitud de 600 millas (962 k. 856).

Viene luego la segunda cadena de montañas, cuyas cimas se elevan á 6,600 pies de la superficie del mar; un valle ondulado de 900 millas (1,444 k. 284 m.) en el cual hay dos hondas depresiones de cerca de 20,000 de profundidad. En verdad, salvo un punto cerca de las islas de Bonin y otro cerca del grupo de las Fénix, el mar es en aquellos parajes tan profundo como en cualquier otro punto del Pacífico.

A unas 2,500 millas (5,811 k. 900 m.) de las islas Sandwich surge la tercera cadena de montañas, y en las 1,000 millas (1,604 k. 760 m.) restantes, la cuarta y última entre las islas de Bonin y el archipiélago Hawaii, alzándose sus cimas á 8,000 y 10,000 pies de la superficie.

De las islas de Bonin á Yokohama hay un profundo valle con una depresión de 15,000 pies, sin que se hayan tocado cimas.

Un telégrafo submarino que fuera de las islas de Hawaii al Japón, tendría pues que pasar por ocho cadenas de montañas submarinas (incluso el grupo conocido con la denominación de islas de Bonin) elevándose de 5,000 á 10,000 pies sobre los valles adyacentes, y por tanto tendría que sufrir un rozamiento proporcional. Por fortuna, no hay corrientes submarinas hasta los mares del Japón.

No es probable que la industria privada construya nunca esta línea. No hay una renta suficiente para intentar la empresa. El gobierno japonés ayudaría de buen grado á los gastos necesarios para la inmersión de este cable;

pero el gobierno Havayense de ningún modo podría hacerlo.

Los más crecidos gastos quedarían á cargo del gobierno americano.

(Del Heraldo de Nueva York)

RECREACIONES CIENTIFICAS

DIBUJO TRAZADO POR LA ACCIÓN DEL FUEGO

Veamos en qué consiste este recreativo experimento, que vamos á describir desde luego, reservándonos exponer después el medio de prepararlo.

Tómese un fósforo ó un palillo cuyo extremo esté inflamado soplando para que ofrezca un punto incandescente como una brasa en viva ignición, y tóquese con esta brasa un punto del papel preparado. Al instante se propaga el fuego en una línea que sigue una dirección determinada, trazando un dibujo en el papel, donde no había nada aparente.

Es muy curioso y recreativo ver extenderse la línea de fuego en la superficie del papel trazando ora un personaje, ora un elefante ó otro animal, ya un nombre, ya una inscripción cualquiera.

Los trazos de fuego suelen dividirse en dos, que se alejan uno de otro, siguiendo un contorno invisible, para reunirse y apagarse en un punto, cuando ya está trazado enteramente el dibujo.

El experimento es sencillísimo y fácil de realizar. Basta

disolver salitre (nitrato de potasa) en agua clara haciendo una disolución bien saturada en frío. Se toma entonces una hoja de papel delgado, y con un palito ó pluma de ave, ó si se quiere un pincel, mojado en la disolución del salitre, se traza la figura que se quiera, procurando que sean bastante gruesas las líneas del dibujo.

Trazada la figura se deja que se seque y queda preparado el papel para producir el fenómeno al contacto del fuego.

Cuando se toca con la brasa uno de los puntos del trazado, se opera la combustión siguiendo el fuego la línea del dibujo; pero como esta línea no es aparente en el papel antes de la combustión, porque la sal apenas deja un poro imperceptible, hay que marcar con un lápiz, cuando está fresco el dibujo, un punto de la línea que indique por dónde se ha de aplicar el palito incandescente.

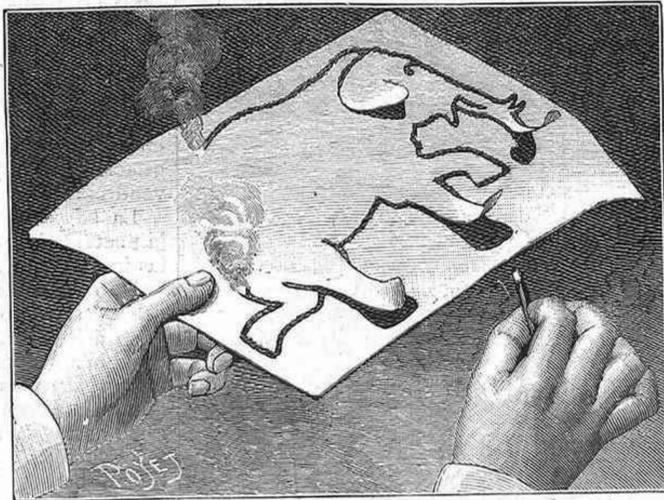
(Del periódico: La Nature)

LA CIENCIA PRÁCTICA

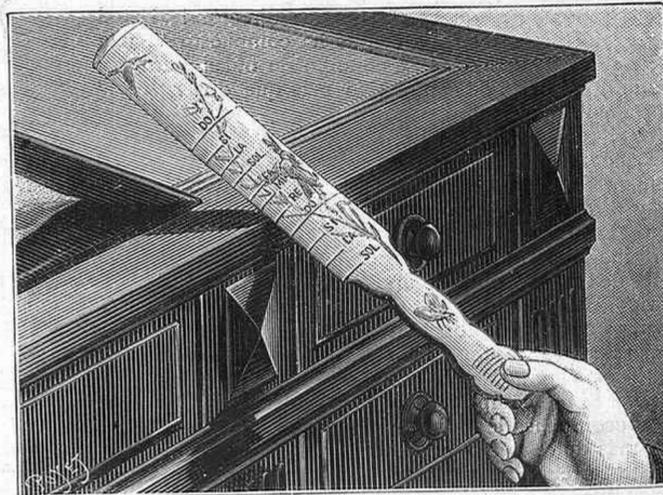
CORTA-PAPEL MUSICAL

M. L'Esprit, muy dado á esta clase de experimentos de fácil ejecución, ha comunicado uno, que no carece de interés, á la Revista de Ciencias La Nature, de cuyas descripciones nos valemos para solaz de nuestros lectores. Un simple cuchillo de escritorio ó corta-papel basta para esta recreación.

Golpeando con un corta-papel, dice M. L'Esprit, un mueble hueco (el ángulo de un bufete, por ejemplo) se pueden producir todos los sonidos de la escala musical. Con algunos tanteos ó pruebas, se llega á señalar el



Dibujo trazado por el fuego.



Corta-papel musical.

punto en que es menester herir para obtener el sonido que se quiere, y á tocar alguna pieza de música con este instrumento primitivo.

El experimentador realizará este experimento con tanta mayor facilidad cuanto más delicado sea su oído mu-

sical. Después de haber determinado por tanteos el punto de cada nota y de señalarla con una línea, hay que ejercitarse en golpear con exactitud matemática por las rayitas marcadas si se quieren sacar sonidos netos. Un músico hábil logra manejar bien este instrumento elemental.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

BARCELONA. - IMP. DE MONTANER Y SIMÓN